

A Peter

«Que el hombre es, por naturaleza, un bufón y que sus mejores obras son siempre fruto de payasadas es una teoría que los caballeros juerguistas y que se dan la gran vida encontrarán muy reconfortante.»

A.F. WEDGWOOD

—No, lo siento —dijo Noel Foster—, no es lo bastante atractiva.

Lo dijo con un tono sorprendentemente firme e inapelable y, con una determinación que tampoco era muy propia de él, colgó el auricular del teléfono de su despacho. Se arrellanó en la silla. «Es la última vez», pensó. Nunca más, excepto tal vez en relación con las herederas que tenía intención de perseguir a partir de entonces, volvería a cerrar una larga y aburrida conversación con las palabras «No es lo bastante atractiva».

Ahora que se marchaba del despacho para siempre, ya no tenía una prisa especial por salir de allí. A diferencia de otros viernes por la tarde, no salió disparado hacia la calle; al contrario, se quedó sentado sin moverse y recorrió con una larga y ufana mirada la habitación que durante los últimos dos años había sido su prisión. Con la maravillosa certeza de que no los volvería a ver nunca más, pudo observar con absoluta indiferencia los vitrales (de un alegre color ámbar, llenos de burbujas, como el champán) y los viejos muebles de roble, que componían un marco absolutamente delicioso para los encan-

tos de la señorita Clumps, la mecanógrafa mona, de la señorita Brisket, la mecanógrafa poco agraciada, y del señor Farmer, el encargado. Los integrantes de tan afa-ble trío habían sido sus compañeros de celda durante los últimos dos años, y deseaba sinceramente no volver a verlos jamás. Sin embargo, se despidió de ellos con bastante cordialidad, cogió el sombrero y el paraguas, y entonces, rico y libre, salió a la calle con paso despreocupado.

Desde que la buena fortuna le había sonreído, no había tenido tiempo de dejar su lóbrega habitación alquilada en Ebury Street, y, por costumbre, regresó a ella una vez más. Entonces llamó a Jasper Aspect. Lo hizo sabiendo perfectamente que aquello era un error de primera categoría. Lo más estúpido que puede hacer un chico pobre que acaba de recibir la noticia de una jugosa aunque moderada herencia es llamar a Jasper Aspect. Noel, que había sido íntimo amigo de Jasper durante gran parte de su vida, era consciente de estar cometiendo una lamentable imprudencia, y aun así un impulso irresistible le empujó hasta el teléfono, donde tuvo lugar la siguiente conversación:

—Hola, ¿Jasper?

—Querido amigo, estaba a punto de llamarte yo.

—¡Vaya! ¿Qué haces esta noche?

—Había pensado que sería muy agradable salir a cenar contigo.

—Muy bien, quería verte; ¿dónde podemos cenar? ¿Qué te parece Boulestins? ¿Nos vemos allí a las ocho?

—Mira, es que no tengo dinero, ¿sabes?

—No te preocupes —dijo Noel.

Se guardaría su espléndida noticia hasta el momento

en que pudiese contemplar la incredulidad y la indignación que sin duda iluminarían el honesto semblante de Jasper cuando se lo dijese. Jasper volvió a proclamar su incapacidad para pagar, volvió a oír palabras tranquilizadoras al respecto y colgó.

—Todo esto es sumamente misterioso —dijo cuando se encontraron.

—¿Por qué? —quiso saber Noel.

—Bueno, querido mío, que uno pueda cenar a tu costa no ocurre cada día de la semana, y todavía menos en un sitio caro como este. ¿Por qué me has elegido a mí para este afortunado festín? Me parece realmente desconcertante.

—¡Oh! Quería verte. En realidad, necesito que me aconsejes sobre un par de cosas, y en algún sitio hay que comer, de manera que ¿por qué no aquí? —Y, hurgando en busca del pañuelo, sacó, como por casualidad, un fajo de billetes de diez libras, que volvió a meterse con despreocupación en el bolsillo.

Sin embargo, y contra lo que Noel esperaba, Jasper no alteró su expresión. Se limitó a pedir otro cóctel de champán. Cuando llegó, dijo:

—Bueno, brindo por Scrubs, viejo amigo, espero que estés a gusto en la cárcel; puedes venir a visitarme cuando quieras durante las vacaciones, siempre trato muy bien a mis amigos presos.

—No sé de qué me hablas —repuso Noel con frialdad.

—¿Ah, no? Pues resulta bastante evidente que estás en apuros, ¿no? Y supongo que quieres que te ayude a huir con la pasta. Bien, pues sugiero que vayamos al cincuenta por ciento y que nos larguemos juntos. ¿Te parece bien?

—No.

—Antes que nada, mejor que me digas francamente si te busca la policía. Llevan un millón de años buscándome en París, y en el resto del mundo lo que quieren es perderme de vista, no hay nada que yo no sepa sobre ese tema.

—Querido amigo mío —dijo Noel, tranquilamente—. Me parece que estás cogiendo el rábano por las hojas.

—Pero venías a pedirme consejo.

—Sí, eso es, he pensado que quizá podrías ponerme en contacto con alguna chica rica a la que le apeteciese casarse conmigo.

—Debo reconocer que esta sí que es buena. Para empezar, si tuviese la suerte de conocer a alguna chica rica, ¿tú crees que te la pasaría a ti? Además, no creo que haya nacido la chica que quisiera casarse contigo.

—¡Oh! ¡Tonterías! Las chicas se casan con cualquiera. Además, soy un tipo bastante atractivo, ¿sabes?

—No mucho. En cualquier caso, déjame que te diga una cosa. Cortejar a herederas es una ocupación sumamente onerosa. Antes no me ha dado tiempo a contar exactamente cuánto dinero has logrado sacar de la caja, pero estoy casi seguro de que no bastará para financiar un tinglado de ese tipo. Mira, tú no sabes a lo que te expones con estas chicas: noches de fiesta, almuerzos, orquídeas, fines de semana en cualquier punto de Europa, y eso es solo el principio; he pasado por eso, sé de qué hablo. Supongo que lo peor de todo —prosiguió, cada vez más animado con el tema— son las llamadas de teléfono a primera hora de la mañana. El tesoro precioso, reclinado en sus almohadones de encaje, adora tener una agradable y larga conversación íntima entre

las nueve y las diez de la mañana, y no es consciente de que tú, entretanto, estás tiritando en mitad de la escalera de tu casera con la vieja criada frotando el linóleo alrededor de tus pies. ¿Y cómo acaba todo? Cuando se case con su príncipe rumano quizá se acuerde de pedirte que seas uno de esos guapos caballeros jóvenes que indican a los invitados cómo encontrar sus asientos en las bodas. Es todo espantosamente tétrico, te lo digo yo.

—¡Qué bien hablas! —exclamó Noel con admiración—. Como un libro. Me pregunto por qué no escribes uno.

—Lo haré, cuando cumpla treinta años. Nadie debería escribir un libro antes de los treinta. Detesto la precocidad. A ver, cuéntame, Noel, ¿cómo has conseguido todo ese dinero?

—Bueno, si de verdad quieres saberlo, se ha muerto una tía mía. Me ha dejado algo de dinero.

—Eso no es más que un puro embuste, claro. Las herencias nunca le caen a la gente que uno conoce. Es como lo de ver fantasmas o que te toque la lotería; uno nunca conoce a personas a quienes les haya ocurrido, solo a personas que conocen a otras personas a quienes les ha ocurrido. Bueno, ¿cuánto te ha dejado?

—Tres mil trescientas catorce libras.

—¿Me lo puedes repetir?

—Tres mil trescientas catorce libras.

—¿Has dicho tres mil trescientas catorce libras?

—Así es.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—¿Crees que tu tía estaba en pleno uso de sus facultades mentales cuando hizo ese testamento?

—No cabe duda de que lo estaba.

—¡Qué cifra tan rara! Bueno, viejo amigo, te felicito de todo corazón. ¿Y qué me dices de las catorce libras?

—¿Qué pasa con ellas?

—¿No has pensado que tres mil trescientas libras suena mucho mejor sin esa coletilla de catorce libras? Hasta parece más dinero, creo yo; las catorce libras lo estropean todo. De hecho, por una curiosa coincidencia, catorce libras es la cantidad exacta que le debo a mi casera.

—Ah, no me digas —repuso Noel con tono aburrido—. Ahora, ¿quieres que te cuente lo que me dije cuando me llamó el abogado para este asunto? Me dije, nada de regalos en efectivo para ninguno de vosotros, y lo mantengo, así que basta ya.

—Eso es sumamente sensato por tu parte. ¿De modo que tienes la intención de dedicar la totalidad de esos ahorrillos a la persecución de herederas?

—Me gustaría mucho encontrar una chica agradable y casarme con ella, si te refieres a eso.

—Es una apuesta muy arriesgada. Más vale que apuestes todo tu dinero a un caballo y que dejes de torturarte ahora mismo.

—No me estoy torturando en absoluto. Tengo intención de llevar una vida descansada y lujosa durante los próximos seis meses aproximadamente, a razón de seis mil seiscientos veintiocho libras al año.

—Y después, una vida descansada y sumisa, a razón de todavía más dinero. He de reconocer que resulta una perspectiva bastante agradable, solo que no conoces a ninguna heredera.

—Todavía no. Pensaba que quizá tú sí.

—Pásame el brandy, viejo amigo.

—En ese caso... —concluyó Noel, llamando al camarero—. La cuenta, por favor. En ese caso, creo que ya es hora de que me vaya. Ya llevo demasiado rato viéndote beber este carísimo brandy.

—Espera —dijo Jasper con tono ofendido—, dale tiempo a este viejo para pensar, se me acaba de ocurrir una idea... Pásame el brandy, viejo amigo. —Se sirvió él mismo, vertiendo descuidadamente el brandy y salpicando toda la copa, y añadió—: El Jolly Roger.

—¿Qué Jolly Roger?

—Es una posada de Chalford en la que me alojé una vez que huí de mi piso para no pagar el alquiler. Un sitio pequeñito muy mono, una camarera pequeñita muy mona, creo recordar... Minnie o Winnie o algo así.

—Gracias, yo también conozco un montón de camareras pequeñitas muy monas. No es eso lo que estoy buscando en la actualidad. Voy a tener que marcharme.

—¿Qué tal si me dejas acabar lo que estaba diciendo?

—Discúlpame.

—A poco más de un kilómetro del pueblo de Chalford se encuentra la entrada de Chalford Park, y allí vive la chica que según tengo entendido es la mayor heredera de Inglaterra, Eugenia Malmains. No pude insinuarme entonces porque ella era menor de edad; hace unos cuatro años de eso. Aunque ahora ya debe de tener los diecisiete cumplidos. Nadie sabe nada de ella porque vive con sus abuelos, que están chiflados, y tengo entendido que ella misma está bastante chiflada.

—Eso no importa. No puede estar más chiflada que las chicas que uno se encuentra por ahí en Londres. No me parece que valga la pena investigar el asunto, pero

quizá vaya a pasar un fin de semana en esa fonda en algún momento. ¿Dónde está Chalford?

—A unos quince kilómetros de Rackenbridge, ahí queda la estación. Lo mejor es coger el tren de las 4:45 desde Paddington.

—Bueno, muchas gracias, viejo amigo. Hasta pronto, espero.

—Lo mismo digo. Muchas gracias por la deliciosa cena.

Se despidieron como si tal cosa. Sin embargo, ninguno de los dos ignoraba las verdaderas intenciones del otro, y Noel no se sorprendió en absoluto cuando, al llegar a Paddington al día siguiente para coger el tren de las 11:50 a Rackenbridge, se encontró a Jasper esperándole en el andén.

Noel le prestó con pesar la libra necesaria para comprar el billete de tren y lo siguió cariacontecido hasta el vagón restaurante de primera clase. Los chicos pobres que acaban de recibir la noticia de una jugosa aunque moderada herencia deberían saber que telefonar a Jasper Aspect no es una buena idea.

«Toda la culpa es mía», pensó Noel con tristeza.

2

—Britanos, ¡despertad! ¡Alzaos! ¡Oh, león británico!
—exclamó Eugenia Malmains con tono fervoroso.

Estaba de pie sobre una tina puesta boca abajo en la plaza de Chalford y arengaba a una docena de ancianos del pueblo. El pelo liso, cortado con flequillo, los grandes ojos azul claro, la tez morena, un cuerpo bien proporcionado y unas facciones clásicas, combinados con cierto fanatismo gestual, le daban un aire a lo Juana de Arco moderna.

Llevaba una falda de lana gris demasiado grande, sin medias, un par de raídas zapatillas de lona y un jersey que parecía hecho con una bandera británica. Se había ceñido un cinturón de cuero del que colgaba una gran daga reluciente.

Noel Foster y Jasper Aspect estaban dando un paseo por el pueblo mientras esperaban a que abrieran los bares. Hay que tener en cuenta que el verdadero aficionado a los bares casi nunca se conforma con tomarse las cervezas en su hotel, donde puede hacerlo confortablemente a cualquier hora del día; siempre espera con impaciencia el momento en el que abra algún otro local.

A esto se le llama reptar de bar en bar, un deporte al que son muy aficionados los caballeros de las clases acomodadas.

De repente se encontraron con la divina aparición de Eugenia Malmains encima de su tina. Quedaron boquiabiertos.

—Esa es la chica que buscamos —dijo Jasper de pronto—, es Eugenia. En un primer momento no la he reconocido. Debo decir que se ha convertido en una mujer extraordinariamente hermosa desde la última vez que la vi, pero es evidente que está bastante chiflada, tal como te conté. No se puede tener todo en esta vida. ¿Te importa si yo también me le declaro, viejo amigo?

—Sí, me importa, ni se te ocurra —repuso Noel hosca—, y cállate de una vez que quiero oír lo que está diciendo.

—El movimiento de la bandera Union Jack, nuestra bandera tricolor, es un movimiento de la juventud —exclamó Eugenia apasionadamente—, estamos cansados de los viejos. Ya no vemos las cosas a través de sus ojos. No encontramos nada admirable en ese club de ancianos corruptos llamado Parlamento que mete a nuestro gran imperio en guerras o en tratados, que va arrancando una a una las joyas de su corona, que deja naufragar sus gloriosas colonias, su supremacía marítima, hasta ahora innegable, su prosperidad y su prestigio en el extranjero, y todo a merced de los volubles caprichos de las amantes de esos hombres de Estado que ya han rebasado los ochenta...

En ese momento una señora muy mayor se acercó a la multitud, se abrió paso a empujones y empezó a tirar de la falda de Eugenia.

—Eugenia, pequeña —dijo entrecortadamente—, baja de ese tina, te lo ruego, por favor, baja ahora mismo. ¡Oh, no sé qué pasará cuando su señoría se entere de esto!

—Márchate, Nanny —espetó Eugenia, que en el fragor de la oratoria apenas había advertido la interrupción, y prosiguió—: ¿Cómo va nadie a sentir lealtad hacia esos tarados innobles? ¿Cómo va a arder el sagrado fuego del patriotismo en ningún pecho con un Estado dirigido por esos patanes apáticos? Britanos, os suplico que hagáis algo. ¡Oh, león británico, sacúdete las redes que te aprisionan! —En ese momento, la señora mayor volvió a tirarle de la falda. Sin embargo, esta vez Eugenia se volvió hacia ella y le rugió—: Lárgate, pacifista asquerosa, lárgate, te digo, y llévate a tu pandilla de mafiosos navajeros. En mis mítines habrá libertad de expresión. Bueno, ¿te irás por las buenas o debo pedir a los camaradas que te echen? ¿Dónde están mis camisas tricolores?

Dos jovencitos desgarbados vestidos con camisas rojas, blancas y azules, los colores de la bandera británica, dieron un paso adelante, saludaron a Eugenia y, agarrándole cada uno una mano a Nanny, la acompañaron hasta un banco cercano en el que se quedó sentada con aspecto apesadumbrado pero sin oponer resistencia hasta el final del discurso.

—Nosotros, los camisas tricolores —comentó Eugenia al público en general—, insistimos en nuestro derecho a ser escuchados sin interrupciones en nuestros propios mítines. Dejemos que los pacifistas —y lanzó en ese punto una mirada malévolamente en la dirección de Nanny— organicen sus propios mítines, no los obstaculizaremos

en absoluto, pero si intentan disolver los nuestros, que lo hagan bajo su propia responsabilidad. A ver, dónde estaba... ¡Ah, sí! El patriotismo es una de las virtudes primigenias de la humanidad. Si permitimos que se atrofie, una parte muy valiosa de la naturaleza humana perecerá. Desgraciadamente, esto es lo que está ocurriendo en la actualidad en nuestra desventurada isla y en otros países que, como nosotros, languidecen bajo el debilitado influjo de unas democracias putrefactas. El respeto por los padres, el amor por el hogar y la veneración del vínculo matrimonial están de saldo en Inglaterra; la sociedad está corrompida por el vicio, el egoísmo y la indolencia. Los ricos se han traicionado a sí mismos al preferir la fétida atmósfera de los bares y los clubes nocturnos a la sensatez de la provechosa vida en el campo. Las grandes casas de Inglaterra, uno de sus más envidiados atributos, se han quedado vacías... ¿Por qué? Porque las grandes familias de Inglaterra viven apelotonadas en pisos de lujo y dilapidan su patrimonio en los juzgados de familia. Los pobres no son mejores que los ricos, también ellos han aprendido a ponerse a sí mismos antes que el Estado, y satisfechos con el pan y el circo que les van lanzando sus políticos, tampoco dan ningún paso para lograr mejorar el espíritu de esta desdichada tierra.

—La chica es una lunática, pero estúpida no es —comentó Jasper.

—Amigos míos, ¿cómo podemos salvarnos? ¿Quién puede sacar al país de la ciénaga de desánimo en la que está sumido desde hace ya demasiado tiempo e impulsarlo hacia una utopía que nuestros corruptos gobernantes no han podido ni imaginar en sus sueños más

descabellados? El que apunte más alto será el que logre el objetivo más ambicioso, pero ¿cómo van a poder esos viejos dipsómanos alcanzar algún objetivo? Tienen los dedos anquilosados por la gota..., no pueden apuntar; tienen la vista nublada por la edad..., no pueden distinguir el objetivo. Lo máximo que pueden esperar es seguir arrastrándose por los pasillos de Westminster como tortugas fatigadas calentándose a la falsa lumbre de su mutua aprobación.

—Me está gustando esto —dijo Jasper—, el hermano de mi padre es diputado.

—¿Qué ocurriría entonces si saliese un verdadero sol, un sol capaz de carbonizar a todos los que no son honestos? ¿Qué ocurriría si un verdadero capitán, un hombre, y no una tortuga, apareciese de repente junto a la cabecera de esas camas adúlteras, con una taza de aceite de ricino en una mano y una copa de cicuta en la otra, y les diese a elegir entre la ignominia y una muerte romana?

»¡Britanos! Ese día está ciertamente a la vuelta de la esquina. Corren nuevos aires en el extranjero: un vino joven que no será vertido en odres viejos. Los britanos están recuperando por fin la cordura, el león británico está abriendo sus fauces para rugir, la disposición de ánimo que nosotros llamamos socialunionismo salvará a este país de su vergonzosa apatía. Muy pronto resonarán en vuestras calles las pisadas de los batallones tricolores, muy pronto la época de los políticos con corazón de gelatina será historia, muy pronto todos viviremos en una Inglaterra gloriosa bajo el dominio sensato, severo y caritativo de nuestro capitán.

—¡Hurra! —gritó Jasper, aplaudiendo ruidosamente.

te aquella conmovedora perorata—. ¡Eso, eso! ¡Bien dicho!

Los aldeanos se volvieron hacia él y lo miraron, atónitos. Eugenia le brindó una sonrisa radiante.

—Bien, britanos —prosiguió—, ¿tenéis alguna pregunta? Si así es, dedicaré diez minutos a responderlas.

Los aldeanos se quedaron ahí de pie, sin saber qué hacer. Finalmente, uno de ellos se quitó una brizna de paja de la boca y comentó que estaba seguro de que a todos les había gustado mucho el discurso de la señorita Eugenia, y que qué tal estaba su señoría de la alergia.

—Mejor, gracias —respondió Eugenia educadamente—, en julio siempre desaparece, ¿sabe? —Parecía decepcionada—. ¿No hay más preguntas? En ese caso, quiero anunciar algo. Cualquier persona que desee unirse al Movimiento Tricolor puede hacerlo dirigiéndose a mí, aquí o en Chalford House. Se les solicitará un pago de nueve peniques al mes, la camisa tricolor cuesta cinco chelines y la insignia, seis peniques. ¿Alguien desea afiliarse ahora?

Los aldeanos empezaron a dispersarse inmediatamente. Ya le pagaban dos chelines al año a lady Chalford para financiar al Partido Conservador, y dos peniques a la semana para la Asociación de Enfermeras; no veían por lo tanto razón alguna para que la familia Malmain se tragara más dinero del que ganaban con el sudor de su frente. Por su parte, Jasper y Noel no dejaron pasar esa providencial oportunidad de congraciarse con la heredera. Dieron un paso al frente y anunciaron a coro que estaban ansiosos por ser reclutados. El rostro de Eugenia se iluminó con una sonrisa absolutamente radiante.

—Ah, muy bien —dijo, bajando de la tina. Entonces se remangó la falda y reveló un par de pantalones de montar de cuyo bolsillo sacó dos cartillas de reclutamiento y una pluma estilográfica—. Tenéis que firmar aquí..., ¿veis? Debéis prometer que obedeceréis al capitán en todo y pagar nueve peniques.

—Lo prometo —dijo Jasper.

—Muy bien, muy bien —dijo Noel—, supongo que no hay ningún problema, pero vamos a ver, ¿quién es ese capitán? ¿Es un tipo agradable? ¿No podría prometer obedecerle en casi todo? ¿Y si me pide que haga algo muy raro?

Eugenia lo miró con el ceño fruncido mientras acariciaba la daga.

—Ándate con ojo —dijo con tono sombrío—. Esa no es manera de hablar del capitán.

—Lo siento muchísimo —repuso Noel, dirigiendo una mirada nerviosa al arma—. No volveré a hacerlo nunca más. Muy bien, pues, aquí tienes los nueve peniques.

—Préstame un chelín, viejo amigo —pidió Jasper.

—Lo siento, viejo amigo —contestó Noel.

—No seas sinvergüenza, canalla —dijo Jasper, dándole un suave puntapié en la espinilla.

—¡Oye, tú, no me des patadas! —exclamó Noel.

La mirada de Eugenia fue del uno al otro. Quedó claro que sentía más simpatía por Jasper.

—¿Estás desempleado, tal vez? —quiso saber—. Porque en ese caso son solo cuatro peniques.

—¿Que si estoy desempleado? ¡Desempleado es mi nombre! Préstame cuatro peniques, viejo amigo.

—Lo siento, viejo amigo.

—Ya te presto yo los cuatro peniques —anunció Euge-

nia de repente—, pero tendrás que devolvérmelos pronto, porque lo que en realidad iba a hacer esta tarde cuando he bajado al pueblo era comprar dos tabletas de a dos peniques en la tienda.

—¿Dos tabletas de qué?

—De chocolate, claro está.

Naturalmente, Noel, al oír eso, se sintió obligado a darle los cuatro peniques a Jasper. A continuación, Eugenia le convenció para que pagara las camisas tricolores de los dos, así como las pequeñas insignias. Él pensó que el destino, como siempre, le era favorable a Jasper, el favorito de Eugenia, evidentemente, y que para acabar de arreglarlo sugirió que fuesen a la tienda del pueblo en busca de las tabletas de a dos peniques. Mientras Noel pagaba las tabletas se dio cuenta de que quien recibía el reconocimiento por ello era Jasper. Decidió que era necesario devolver a aquel viejo lobo de mar a Londres lo antes posible.

—No os había visto nunca, ¿vivís por aquí? —le preguntó Eugenia a Noel cuando salían de la tienda del pueblo mascando las tabletas de a dos peniques.

—No, estamos hospedados en el Jolly Roger, vamos a quedarnos unas semanas, al menos yo me voy a quedar unas semanas. Mi amigo, el señor Aspect, tiene que marcharse mañana a primera hora. Es una lástima.

—No te lo creas —intervino Jasper secamente—, ahora que te he conocido, no me pienso marchar. Ni en broma.

—¡Ah! Estupendo —dijo Eugenia—; habría sido una pena que te marchases ahora que acabas de alistarte en el Movimiento y eso. Necesito chicos como tú en este pueblo: entusiastas, activos, enérgicos.

—Así soy yo —convino Jasper.

—Además, tú no estarás ocupado todo el día haciendo otras cosas. Tengo algunos sujetos maravillosos en mi destacamento, pero son todos chicos trabajadores, claro, excepto mis dos paladines de los camisas tricolores que acabáis de ver encargándose de esa vieja pacifista. Me ha parecido que se comportaban con gran valentía; ella los hubiese rajado en menos que canta un gallo, al parecer esa pandilla no tiene reparos en utilizar trucos sucios. Sí, lo que necesitamos por aquí es gente ociosa y educada, como vosotros, para el reclutamiento y el trabajo de campo. Por eso me alegro especialmente de que os quedéis.

—Supongo que eres Eugenia Malmains —dijo Jasper—. Solía verte pasear a caballo por el pueblo hace años, cuando todavía no tenías edad para... cuando eras pequeña, ¿sabes? Por entonces vivías sola con tus abuelos.

—Sigo viviendo con ellos, por desgracia.

—¿Siempre estás aquí? ¿No vas nunca a Londres?

—No. Mira, L.P.V. (así llamo siempre a mi abuela, significa La Pobre Vieja) dice que si fuésemos a Londres, allí nadie nos dirigiría la palabra. E.P.V. (El Pobre Viejo, ese es mi abuelo) solía ir a la Cámara de los Lores antes de su infarto. Como está sordo como una tapia, daba bastante igual que la gente le hablase o no. A mí también me daría igual, porque sé que los camaradas del partido tricolor sí que me hablarían. L.P.V. está obsesionada con eso.

—¿Tú quieres ir?

—Claro que quiero. Vería al capitán; además, podría desfilar con los batallones de la bandera tricolor.

—¿Quién es el capitán?

—El capitán Jack, fundador del Movimiento Socialunionista y capitán de los camisas tricolores —respondió Eugenia, levantando la mano en señal de saludo.

—¿Por qué no te casas y te marchas de aquí?

—Gracias, pero estoy casada con el movimiento. ¡Oh, maldita sea! Aquí está Nanny otra vez, tengo que marcharme. —Se llevó las manos a la boca y llamó con una inflexión de voz particular—: *Vivian Jack-son*.

Un pequeño caballo negro sin silla de montar ni brida se acercó hasta ella trotando, seguido de un mastín enorme.

—Este es *Vivian Jackson*, mi caballo —explicó—. Mi perro se llama *Reichsbund*, como el perro de Bismarck, ¿sabéis? Adiós. —Se encaramó de un brinco a la grupa del caballo, le dio una sonora palmada en un costado del cuello y emprendió el galope en dirección a Chalford Park.

—Que Dios bendiga a nuestros ingleses excéntricos —dijo Jasper—. Vamos, viejo amigo, ya deben de haber abierto.

3

—¿Qué hay de nuevo? —quiso saber Noel.

Entró en el jardín del Jolly Roger acalorado y de mal humor después de un largo paseo. Cuando Noel estaba en el campo siempre se procuraba grandes dosis de aire fresco y de ejercicio. Pensaba que convenía cuidarse. Jasper, que pensaba que convenía divertirse, estaba allí sentado, fumando cigarrillos y leyendo los periódicos de la mañana, que al parecer podían llegar a aquel remoto pueblo, junto con el correo, a cualquier hora entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde.

—Han encontrado otro cuerpo en otro maletero, y ayer por la noche, a última hora, llegaron dos chicas sumamente bonitas. Al parecer tienen intención de quedarse varios días... Justo lo que necesitábamos.

—No veo por qué —repuso Noel de mal talante—. Tenemos a Eugenia.

—Justamente. Mira, viejo amigo, cuantos más seamos, más nos divertiremos. Barriga llena, corazón contento. El trabajo compartido es más llevadero. Y esas cosas. Tampoco está mal lo del cuerpo, me refiero al del maletero. De hecho, diría que en conjunto estoy hecho para este sitio.